

modificar sus orígenes, cuando no inventar su propia tradición, acudir al rastreo genealógico o hacer del «triumfador» el inicio de una nueva dinastía. Los ejemplos son numerosos y el objetivo de este tipo de actitudes no es otro que enfatizar la permanencia, la continuidad incluso más allá del hecho mismo de la muerte. En efecto, otro modo de perpetuarse socialmente en el tiempo fue mediante la construcción de panteones y mausoleos, la fundación de asilos e instituciones benéficas o todo aquello que tiene que ver con las mandas, ritos e instrucciones precisas sobre el reparto de bienes, magistralmente recogido por Pons y Serna mediante el rastreo del testamento, *documento por antonomasia que garantiza una muerte reconciliada*. En este sentido, no tienen desperdicio las páginas que los autores dedican al cementerio, teatro donde se escenifican y reproducen los esquemas segregados que habíamos visto aplicados anteriormente a la propia ciudad. Pero la sociabilidad también la encontramos en el rol jugado por todos y cada uno de los miembros de la familia burguesa, sometida a una fuerte jerarquización. Y en este sentido, se analiza la distribución de papeles en función del sexo, unos en el ámbito doméstico y otros en el público; la importancia de la boda y los hijos, considerados como un capital humano al que hay que cuidar como una inversión calculada. Los autores no se detienen aquí sino que estudian otros aspectos como la presión demográfica, la fertilidad o la esperanza de vida, sin olvidar elementos tan trascendentales como el apartado dedicado al encuentro social, la visita, lugar de intercambio de información y reconocimiento mutuo con la vista puesta en los negocios.

Y es que Pons y Serna no estudian únicamente la familia burguesa en sí misma, sino más bien como elemento que trasciende al ámbito de los negocios. En este sentido no está de más recordar que buena parte de las familias burguesas tienen sus orígenes en el mundo del artesanado, unidad familiar y económica por excelencia. De este modo, resultan evidentes las conexiones, por no decir asociaciones, entre familia y negocio, entre residencia y domicilio social. Por ello las estrategias inversoras, las conductas económicas e incluso las públicas, tienen en la familia su racionalidad y su razón de ser. Los autores dedican el último capítulo precisamente a analizar las empresas, los comercios, las actividades financieras y las inversiones urbanas y rústicas en función de una estrategia familiar medida, sin olvidarse del contexto económico coyuntural.

Pedro A. Novo López

LA PARRA LÓPEZ, Emilio, *La alianza de Godoy con los revolucionarios (España y Francia a fines del siglo XVIII)*, Madrid, CSIC, 1992, 210 pp.

En un número anterior de la revista reseñábamos la importante monografía que Jean-René Aymes ha dedicado al enfrentamiento entre España y la Revolución francesa, destacando la multiplicidad de perspectivas desde las que este hispanista francés abordaba el conflicto armado de la Monarquía de Carlos IV con-

tra la República revolucionaria gala. El libro que ahora nos ocupa puede considerarse —su autor así lo declara— continuación del de J.-R. Aymes, abarcando en esta ocasión el último lustro del setecientos. Un lapso corto cronológicamente hablando pero políticamente bien significativo y fecundo, puesto que a raíz de la paz de Basilea que pone fin a la guerra contra la Convención (1795) va a producirse un giro tan espectacular cual es el cambio radical de actitud de España respecto a la Francia revolucionaria, entrando a partir de entonces decididamente en la órbita francesa (orientación que, como es sabido, se prolongará desde el Tratado de San Ildefonso hasta 1808).

El tema, si se exceptúan dos trabajos anteriores de Carlos Seco Serrano (uno sobre la política exterior de Carlos IV, el otro sobre Godoy), a quien el autor de este estudio no contradice en sus grandes líneas, carecía de un tratamiento específico. Emilio La Parra ha venido a llenar con su obra esta laguna historiográfica procediendo, de una parte, a la obligada puesta al día bibliográfica —artículos y libros aparecidos en los últimos años relacionados con aspectos parciales o sectoriales— y, de otra —y sobre todo—, al examen sistemático de las fuentes primarias sobre la cuestión, tanto de archivos de París como de Madrid (correspondencia política y consular del AMAE y Archives Nationales, del lado francés, más no pocos expedientes de varias secciones del AHN, incluyendo el Fondo Cabarrús, del español), lo que en conjunto le proporciona la base documental necesaria para la profundización en el análisis histórico de aspectos hasta ahora poco conocidos.

El libro es, por otra parte, un exponente más del actual buen momento de la historiografía política que, como se subraya en estas mismas páginas, viene siendo una realidad tangible desde hace ya algún tiempo. Los defensores de la centralidad de lo político en la historia suelen hacer suya la apreciación de R. Rémond de que la política, en tanto que lugar en que se gestiona globalmente la sociedad, de alguna manera dirige y orienta al resto de actividades —sean estas económicas, culturales, etc.—, constituyéndose en un compendio o punto de confluencia de la mayor parte de esas actividades sociales (*Pour une histoire politique*, París, Seuil, 1988). El retorno de la historia política se ha reflejado también, como es natural, en un auge indudable de la historia de las relaciones internacionales. No se piense, sin embargo, que en esta obra se habla sólo de política exterior, ni siquiera exclusivamente de política, en sentido estricto. En cuanto a lo primero es evidente —lo es al menos en este caso— que las situaciones internas repercuten en la manera de llevar los asuntos exteriores —y viceversa. En Francia las disensiones entre los miembros del Directorio (Merlin, Rewbell y La Revellière-Lepeaux frente a Barras y Talleyrand), perceptibles desde comienzos de 1798, se trasladan a la política exterior dando lugar a querellas y actuaciones escasamente coherentes de la diplomacia francesa con respecto a la actitud a seguir frente a Inglaterra, España o Portugal. Mientras, en España, las disputas domésticas se superponen a las alternativas en política exterior definiendo enseguida dos bandos, el uno inclinado por la alianza con Inglaterra, el otro por el acercamiento a Francia. En ese contexto, los sostenedores del probritánico *partido aragonés* juegan sus bazas frente a Godoy y los suyos. El respaldo social —o, si se quiere la tra-

ducción sociológica— de cada una de estas tendencias o «partidos» dista mucho de ser simple. De entrada parecería lógico que los partidarios de la aproximación a la República francesa hubiera que buscarlos entre los elementos burgueses, quedando la mayor parte del clero y la nobleza tradicional en posiciones antagónicas. Ahora bien, conviene no olvidar que en estas materias el juego de intereses suele prevalecer sobre las afinidades ideológicas. Así, entre los anglófilos encontramos no sólo a los aristócratas de cuna y al sector reaccionario de la clerecía, sino a los núcleos más activos de la burguesía comerciante e industrial de la fachada mediterránea, cuya galofobia se ve ahora reforzada por el rechazo hacia una política gubernamental que les privaba de las relaciones económicas con Inglaterra, vitales para la buena marcha de sus negocios. Pero si la dialéctica interior/exterior obliga ya al historiador a un examen atento de la imbricación entre ambos planos, la complejidad de las relaciones internacionales otorga a esta clase de estudios una pluralidad de dimensiones que también está presente de un modo u otro en este trabajo; pese a su orientación fundamentalmente política, los factores militares, económicos y comerciales, ideológicos y culturales se traen una y otra vez a colación. Desde el principio de la obra, el análisis de las negociaciones que llevaron rápidamente a la Paz de Basilea nos sitúa ante un panorama en el que los forcejeos diplomáticos por las compensaciones territoriales —exigencias centradas pronto por parte francesa en la cuestión de la Luisiana— se despliegan siempre sobre un trasfondo económico y estratégico. Se pone asimismo de manifiesto cómo en política a veces las ventajas aparentes (el tratado parece en lo inmediato favorecer a España) ocultan pesadas hipotecas a más largo plazo.

Partiendo, pues, de la enorme complejidad de la materia, el historiador debe graduar la importancia de las causas y, sin descuidar las tendencias profundas, intentar acercarse también a las motivaciones de los protagonistas, para tratar de explicar así de manera globalizada el desarrollo de acontecimientos y procesos. En pos de algunas de estas claves el profesional de la historia recorre los archivos, examinando y comprobando documentos en una tarea que, por mucho virtuosismo metodológico que se despliegue, siempre tiene algo de azarosa y detectivesca. La reconstrucción que a partir de tales hipótesis y de tales materiales se efectúa deja ver a menudo, así ocurre en este libro, la dificultad de la empresa y permite apreciar las trazas casi artesanales de su factura. No siempre resulta fácil, en efecto, superar el terreno de las conjeturas que permitan encajar satisfactoriamente el complejo rompecabezas de los hechos probados e intenten añadir conocimiento, explicando plausiblemente determinada problemática o coyuntura histórica. Así suele ocurrir, en especial, cuando se entra en el resbaladizo terreno de las intenciones de los actores, a la hora del balance de su acción política, o al enjuiciar las consecuencias —a veces imprevistas, o no deseadas— de sus decisiones. Si se me permite la expresión, el historiador se ve entonces obligado a «mojarse» repartiendo responsabilidades. En este sentido, otra de las novedades aportadas por el estudio de E. La Parra tiene que ver con la aproximación al personaje principal de su investigación, que no es otro que Manuel Godoy, figura histórica carente hasta la fecha de una biografía política completa y actualizada. Es de sobra sabido, por lo demás, que el príncipe de la Paz fue sometido desde

muy pronto a un proceso de satanización —Jover *dixit*— que hizo de él uno de los contados personajes de nuestro pasado capaz de concitar tal grado de unanimidad en el rechazo por parte de las corrientes ideológicas e historiográficas más diversas y contrapuestas. Fuertemente rechazado ya en vida, primero por los tradicionalistas, luego por los liberales (a causa de su sorprendente giro de 1800 que le llevó a congraciarse con los mismos reaccionarios que tanto le odiaban hasta la víspera y, más adelante, a consecuencia de sus infaustos tratos con Bonaparte), el discutido militar y político caerá en desgracia en vísperas de la invasión napoleónica, viendo así súbitamente interrumpida su carrera para siempre. La Parra trata desapasionadamente la figura de Godoy y, a la manera de Grandmaison, pese a reconocerle corrupto en su vida privada, considera globalmente positivo el balance de su gestión de gobierno durante el primer período como Secretario de Estado, exculpándole en parte de algunas de las acusaciones y sambenitos que le habían venido colgando sus muchos y variados enemigos y señalando que el hidalgo extremeño poseyó un espíritu ilustrado y proclive a las reformas. Entre otras cosas destaca el autor los motivos objetivos, de fondo, de su ejecutoria como ministro y sugiere la conveniencia de revisar la valoración tan contrastada que suele hacerse de las actuaciones de Godoy y Urquijo —juzgados en general con inquina— frente a las de Jovellanos y Saavedra —valorados mucho más positiva e indulgentemente, en razón sobre todo de su alineamiento con los patriotas en 1808—. Por lo demás, La Parra subraya en conjunto la fortaleza del reformismo ilustrado en la —ciertamente breve— coyuntura de 1799.

Entre los muchos factores que confluyen en la gestación de la política exterior española en aquel tiempo destaca el autor como determinante la intervención —directa e indirecta— del gobierno francés, pero también ese conjunto de circunstancias que podríamos llamar, retomando una expresión muy del gusto del siglo de las Luces, la *fuerza de las cosas*. Ni los escarceos de alcoba, ni la voluntad del favorito, ni la del propio rey, ni la correlación de fuerzas entre los grupos cortesanos, ni siquiera las presiones francesas por sí solas bastarían para explicar la dirección de los asuntos públicos. O, para decirlo con palabras del mismo Emilio La Parra, «la política seguida en esta época no dependió tanto del carácter personal de Godoy o de Jovellanos, etc. sino de la confluencia en cada momento de una serie de factores, los cuales se imponen a los personajes mencionados e incluso a la voluntad de los monarcas». Es, pues, esa naturaleza de las cosas —vienen a nuestra memoria en este punto las reflexiones de Montesquieu en el *Espíritu de las leyes*, a propósito de la derrota de Carlos XII de Suecia en Poltava frente a Pedro el Grande, minimizando el papel de los accidentes de la fortuna en la historia— la que acaba siempre por prevalecer sobre cualquier protagonismo de tal o cual individuo; es ella —identificada entonces ciertamente en gran parte con el miedo a Francia y la dependencia directa de la República gala que sujeta a España a las directrices emanadas de París— la que imprime a nuestra política exterior su orientación dominante, hasta el punto de hacer que la Monarquía española siga dócilmente —tan sólo dos años después de la ejecución de Luis XVI— una política tan insólita e imprevisible, tan contradictoria con su ideología «natural», como la amistad con la República transpirenaica. La escasa relevancia del factor

ideológico en el diseño de la política exterior de los Estados, tantas veces puesta de manifiesto, se hace patente de un modo chirriante, por ejemplo, en la zigzagueante política española respecto de los emigrados y refugiados franceses (y otro tanto podría afirmarse de la parte francesa respecto de sus homólogos peninsulares). Incluso la propagación de las ideas y principios revolucionarios se efectuó en esta nueva etapa de manera discreta y difusa, calladamente. Habían pasado los tiempos de las campañas de propaganda planificada —del tipo de las de Bayona y Perpiñán en tiempos de la Convención—: en el nuevo marco la difusión adopta formas menos explícitas y deliberadas, más silenciosas y «diplomáticas», pero quizá, como apunta La Parra, no menos efectivas. La renovación ideológica que tiene lugar en determinados sectores ilustrados de nuestro país en los inicios del siglo XIX seguramente no es ajena a la influencia francesa propiciada por ese nuevo clima.

El relato de tantas intrigas y oscuros manejos de enviados, espías y agentes secretos como salen a relucir en la obra, más allá de la virtualidad de esta clase de actuaciones reservadas y movimientos clandestinos para explicar determinadas decisiones y procesos históricos, nos pone ante la evidencia de que a fines del XVIII la vida política española —y también, en buena medida, la francesa— estaba lejos aún de regirse por los principios clásicos del régimen de opinión pública. Conjuras y maquinaciones jugaban un papel fundamental en la dirección de los asuntos públicos en unos tiempos en que la política seguía siendo cosa de selectos círculos cortesanos y grupos de presión muy restringidos. Esta política de camarilla —que tiene como corolario una muy acusada personalización de la política— se verá no obstante obligada crecientemente a contar con una incipiente opinión pública cuya fuerza se hará visible de manera espectacular en los años de la guerra de la Independencia. Entretanto, el interés de los gobernantes por disponer de informaciones fidedignas a todos los niveles —incluyendo noticias exactas acerca de las ideas e intenciones de los otros gobiernos, pero también de los estados de opinión de los sectores sociales más influyentes, sobre todo de la prensa— explica que uno de los objetivos fundamentales de espías y diplomáticos sea precisamente la indagación y elaboración de esa clase de avisos e informes; diríamos incluso que las redes de informadores tienen su razón de ser precisamente en la apremiante necesidad de obtener ese tipo de datos. Un ejemplo: el ansia de Godoy por conocer la opinión francesa acerca del gobierno español y de su propia persona («lo que más me interesa —le escribe a Cabarrús en 1797— es que V. E. me dé avisos ciertos de la opinión pública acerca de nosotros»). Conocimiento cada vez más tenido en cuenta y que orienta las decisiones de los gobernantes, bien en el sentido de ceñir en lo posible sus disposiciones a los dictados de la opinión, bien en el de intentar burlarla, contrarrestarla o enmendarla. Son frecuentes las intervenciones —a menudo secretas— que tratan de intoxicar o modificar la opinión dominante sobre ciertos asuntos. A este respecto sorprende el éxito de tales campañas, llevadas a cabo a veces por un número muy reducido de conspiradores y publicistas con medios escasos. Esas operaciones han de explicarse asimismo en el contexto de una política preliberal, propia de élites de antiguo régimen, anterior por tanto a la honda transformación de la vida pública que, al

paso de unas décadas, abocará al control más o menos estrecho del poder político por parte de la opinión pública, relegando paulatinamente a un lugar residual tales procedimientos.

La caída de Godoy en marzo de 1798 —acontecimiento decisivo, al que se dedica el capítulo IX— proporciona un ejemplo acabado de conspiración palaciega con final feliz para sus organizadores. La exposición de La Parra conjuga aquí los diferentes planos para ofrecernos un fresco de las circunstancias y el juego de intrigas que tuvo por finalidad la salida del favorito del ministerio. La gradación de las causas hace que el lector vea esta defenestración como el resultado de la conjunción del desencadenante principal —en este caso el factor exterior: pérdida de utilidad de Godoy para el Directorio francés—, con factores domésticos de distinto orden —descontento interior; acción convergente del conde de Cabarrús, Jovellanos y Saavedra; pérdida momentánea del favor de la reina María Luisa—. La historiografía tradicional y la memorialística, demasiado atentas a los motivos estrictamente personales —que suelen ser los más superficiales—, ha prestado en general escasa atención a las causas menos cercanas, pero también más determinantes y significativas.

Y hablando de conspiraciones habría que aclarar en lo posible el enigmático proyecto subversivo de 1798, al parecer orquestado desde París por un grupo de revolucionarios españoles, que pretendía contar con fuertes ramificaciones en Galicia. En la obra se hace también una breve recapitulación sobre las conspiraciones anteriores de Picornell y de Malaspina. Glosando las últimas aportaciones de M. J. Aguirrezábal y J. L. Comellas, E. Soler y J. F. Fuentes el autor considera que ambas intentonas de derrocar a Godoy no tuvieron, pese a los intentos de movilización popular, propósito revolucionario alguno, tratándose más bien de tentativas inspiradas por el descontento del partido aristocrático.

La penuria de buenas biografías de que sigue adoleciendo nuestra historiografía —pese a algunos excelentes trabajos aparecidos recientemente— limita en algunos casos gravemente nuestro conocimiento histórico de la época. En este sentido resta mucho por saber acerca de la dimensión política del conde de Cabarrús —que ya destacó Maravall—, una de las figuras señeras de la Ilustración española, conocido sobre todo por sus importantes actuaciones económico-financieras. Esta carencia otorga particular interés al capítulo VIII, donde se hace una sorprendente aproximación a este complejo personaje a través del análisis de sus delicadas misiones diplomáticas en París (andanzas e intrigas parcialmente contradictorias por cierto con las de Eugenio Izquierdo, el otro agente de Godoy en la capital francesa).

El tono del libro es —como corresponde a una monografía de este tipo— básicamente narrativo; el relato ágil y no exento de ambiciones interpretativas. En el capítulo final, por ejemplo, se ofrece un panorama sintético de los «frentes de divergencia» que polarizan las discrepancias ideológicas y originan las subdivisiones políticas de la España finisecular del setecientos. Nos quedamos con las ganas de conocer mejor la continuación de esta historia, la última etapa de Godoy, ya bajo la férrea batuta de una nueva y formidable presión francesa: la de Napoleón, que no tardando mucho había de llevarnos a una crucial y devastadora guerra.

Concluida la lectura queda en el ánimo la impresión de que la famosa alianza de Godoy con los revolucionarios moderados del Directorio (y luego con el régimen imperial napoleónico) unció la política española al carro del gobierno francés hasta extremos de dependencia que hacen difícil incurrir en exageración. La enorme influencia desplegada por Francia en esa etapa desborda el terreno político y económico, extendiéndose también a lo cultural. La irradiación ideológica procedente del país vecino, apenas estorbada por una titubeante censura y una poco eficaz vigilancia aduanera —si bien contrarrestada por la libertad de acción de que disfrutaron los partidarios furibundos del altar y del trono—, parece haber sido, en esos años, más que considerable. En un terreno que La Parra conoce bien —la Iglesia ha sido hasta hace poco objeto preferente de sus trabajos— subraya asimismo la importancia decisiva de la cuestión religiosa en la vida política española de estas postrimerías del XVIII y comienzos del XIX.

Así pues, este interesante libro cumple con creces uno de los objetivos que el autor se había propuesto en la Introducción: proyectar nueva luz y una mirada distinta sobre 1808, haciendo ver hasta qué punto, más allá de cualquier convencionalismo cronológico, ese gozne entre las dos centurias constituye a la vez el fin de una época y el inicio de otra. Lograr en suma que, lejos de cifrar en esa fecha emblemática «el momento único de partida para la descomposición de la monarquía absoluta española», entendamos 1808 como el punto de llegada de un proceso, hito cronológico en el que «cristalizaron multitud de ideas y de planteamientos aparecidos décadas antes».

Javier Fernández Sebastián

SUEIRO SEOANE, Susana, *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la «cuestión marroquí» (1923-1930)*. Prólogo de Javier Tusell. Aula Abierta, UNED, Madrid, 1993, 432 pp.

El problema marroquí constituyó el eje de la política exterior española, y se convirtió en el catalizador de los problemas políticos y sociales que se arrastran durante el período de profunda crisis estructural interior que fue el reinado de Alfonso XIII. La guerra del Rif consume los recursos materiales y humanos del país y se convierte en una «pesadilla» que exacerba todos los demás conflictos. De ahí el interés de este libro, que aborda un tema central en la política y la vida española de aquellos años. Al reconstruir minuciosamente los precedentes, este excelente estudio desborda los límites cronológicos que su subtítulo propone.

Sueiro se centra fundamentalmente en el aspecto internacional de la «cuestión»; aunque hace una detallada recomposición del proceso que condujo a la resolución del conflicto rifeño, que desmonta la versión comúnmente aceptada, su estudio supera ese objetivo. Si bien las referencias documentales no son muy numerosas en el libro —sin duda en un deseo de aligerar la tesis doctoral de que